

El crecimiento urbano de Latinoamérica dentro de un contexto global: la interdependencia del desarrollo social y económico*

David Barkin**

Introducción

Con el resurgimiento del mercado como fuerza directriz de las decisiones políticas e inversión en Latinoamérica, la fisonomía de la región está cambiando junto con su organización social y económica. A diferencia de épocas anteriores, cuando las políticas estatales impedían que el mercado mundial ejerciera su poder sobre la distribución de recursos, ahora un régimen tras otro busca maneras más efectivas de pasar estas barreras institucionales. Los dirigentes nacionales se apresuran para adaptarse a las condiciones cambiantes, formando alianzas internacionales de élites financieras y políticas para forjar “mundos felices”.

La economía mundial está reubicando las actividades productivas e incorporando afortunados trabajadores a los nichos privilegiados por el progreso económico. Los países ricos del mundo “desarrollado” están aceptando en su rebaño algunos enclaves urbanos o fuentes de recursos. Si bien los históricos centros de poder y riqueza de Latinoamérica siguen dominando la nueva jerarquía, están brotando nuevos ejes regionales a medida que los financieros locales logran atraer el capital internacional hacia las oportunidades generadas por el sistema comercial globalizado. Las organizaciones de desarrollo multilateral están alimentando el ritmo desenfrenado del desarrollo, financiando enormes proyectos de infraestructura que aceleran la concentración del control y la centralización de la riqueza.

Este mismo proceso de expansión está creando masas de pueblos empobrecidos. La modernización está absorbiendo comunidades autosuficientes a la economía global, sujetando a los productores tradicionales a nuevos cálculos de rentabilidad para los cuales no están preparados. Las comunidades rurales ya no pueden sobrevivir simplemente produciendo los recursos básicos

* Presentación de la conferencia internacional “Ciudades y la nueva economía global”, auspiciada por la oecd y el gobierno de Australia, 20-23 de noviembre de 1994, Melbourne, Australia.

** Profesor de economía de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco.

requeridos antes para su subsistencia; los mercados mundiales los abastecen de manera más económica. Los artesanos y pequeñas compañías manufactureras corren la misma suerte; los económicos artículos de importación están llevando a los productores locales a la quiebra. La falta de los recursos materiales, entrenamiento o tecnología que les permitiría adaptarse al nuevo ambiente productivo está arrojando a millones al torrente migratorio, engrosando las filas de trabajadores no calificados que se esfuerzan desesperadamente por sobrevivir.

La nueva economía de mercado aparentemente ofrece oportunidades ilimitadas. Los beneficiarios están cambiando la distribución geográfica de los asentamientos humanos y las actividades productivas, creando nuevos retos para proteger el ambiente mientras exacerban los problemas de polarización social. Al mismo tiempo, estas tendencias plantean profundos dilemas a los políticos y grupos sociales preocupados por el reto de guiar el desarrollo de manera más sustentable.¹

En esta presentación analizo de manera crítica algunas de las manifestaciones locales de los procesos mercantiles de la integración económica global. Mientras se acelera la integración de las áreas privilegiadas a la economía global, la economía de mercado a menudo debilita los vínculos productivos y sociales que en épocas anteriores permitían sobrevivir a grupos y regiones aisladas y marginales; sin embargo, no ofrece nuevas oportunidades a las mayorías desfavorecidas de otras partes. Para los países del tercer mundo, que parten de la pobreza: insuficiente capital de inversión, mano de obra poco calificada y deficientes instancias organizativas, los efectos polarizadores de la integración internacional son particularmente poderosos al exacerbar las diferencias socioeconómicas e intensificar los problemas ambientales ocasionados por las cambiantes relaciones económicas y espaciales.

Son esenciales formas alternativas de organización social colectiva. Se necesitan nuevas instituciones que permitan a la mayoría de los latinoamericanos, excluidos de participar en los sectores dirigentes, reclamar o reinventar sus comunidades y sistemas productivos. Sólo así podrán generar los bienes y servicios que contribuyan a forjar una estrategia de desarrollo diferente y sustentable, y una mejor calidad de vida.

¹ El término "desarrollo sustentable" se ha puesto tan de moda que corre peligro de perder su poder para designar un proceso para mejorar la calidad de vida utilizando recursos naturales y empleando seres humanos de un modo tal que no se deterioren los ambientes naturales y sociales.

La asecendencia del mercado global

Cambios en las funciones de grupos públicos y privados

Con la ascendencia del capital privado y el creciente peso de las deudas externas, los gobiernos latinoamericanos han alterado su papel. El Estado fuerte se ha convertido en un aparato regulador y financiero; en lugar de construir infraestructura y generar industrias básicas para estimular el crecimiento económico, ahora se ocupa de crear un clima favorable que incite a las empresas privadas para hacer inversiones que aceleren la integración nacional a la economía global.

Los cambios han sido dramáticos. Los regímenes militares y gobiernos unipartidistas latinoamericanos han tenido que ceder a las exigencias de los partidos de oposición y a los intereses civiles para instaurar sistemas políticos más abiertos. Más que nunca, la administración pública tiene que ocuparse de la administración fiscal y monetaria. Durante los años setenta los intereses bancarios internacionales y las agencias de préstamo multilaterales permitieron a los gobiernos latinoamericanos tomar prestado libremente, a menudo proporcionando recursos que les permitieron posponer reformas fiscales y estructurales necesarias. Las crecientes tasas de interés y decrecientes precios de las principales exportaciones obligaron a muchos países a adoptar programas draconianos de ajuste estructural que acompañaron a los programas neoliberales de reorganización económica y restructuración de deudas de los años ochenta.

Ahora las economías latinoamericanas están dominadas por los cálculos de ganancia de los grupos financieros e industriales. Mientras la democratización otorga más voz a la clase trabajadora y a los pobres, y la sociedad civil exige mayor respeto por los derechos humanos, los grupos económicos poderosos están ocupados consolidando su control sobre las estructuras políticas formales y el aparato productivo. Despreocupados por las necesidades materiales de las masas, estos grupos están determinando las condiciones del crecimiento, extrayendo recursos y movilizándolo gente que produzca para el mercado internacional.

A través de modernas burocracias e ingresos restringidos, los gobiernos nacionales están eliminando responsabilidades. La descentralización se ha convertido en un concepto clave en la administración pública: además de la panoplia de infraestructura y cuidados municipales que deben proporcionar los gobiernos estatales y locales, ahora están siendo obligados a asumir la carga de la educación y otros servicios sociales básicos. Sin embargo, como

los gobiernos locales no tienen ni capacidad técnica ni autoridad fiscal como para cumplir con el reto, sus comunidades están sufriendo el deterioro en la calidad de la vida cotidiana.

Cambios en la vida social determinados por el mercado

Cambios en las estructuras productivas y financieras

La reorganización de la actividad económica está teniendo profundos efectos en las economías locales en todo el mundo. A medida que se acelera el ritmo y crece el alcance de la integración financiera y productiva, la inversión privada fluye hacia las industrias enfocadas a la exportación de bienes y servicios. Las complejas estructuras de protección doméstica erigidas para estimular el crecimiento económico y crear empleos se están desmantelando para ajustarse a las necesidades de la movilidad de productos y capital; sólo los trabajadores no calificados, limitados por barreras geopolíticas, son incapaces de buscar libremente oportunidades en el mercado mundial. Las corporaciones transnacionales con fácil acceso a recursos y tecnología están desarrollando estrategias mercantiles globales para acceder a nuevos mercados, desplazando a los empresarios locales en muchos países. Los bienes de consumo se están convirtiendo en productos "mundiales"; los componentes se manufacturan en varios países distintos y se ensamblan en otros (abastecimiento global) para consumo local. Incluso cuando la producción nacional podría competir exitosamente, las compañías desarrollan alianzas para fortalecer su posición y defenderse de renovados intentos proteccionistas.

El sector financiero es un componente crucial de la modernización. A través de la unión entre su capacidad de movilizar capital local y su habilidad para canalizar flujos internacionales, las nuevas compañías están combinando las funciones bancarias, de intermediación, de aseguranza y de consultoría, para formar poderosas instituciones cuyas decisiones determinan el éxito o fracaso de empresas y aun de las estrategias de desarrollo de un nuevo régimen. Del mismo modo, el desarrollo de bienes raíces y las organizaciones mercantiles especializadas están redeterminando en dónde y cómo se llevan a cabo los negocios, así como la manera de comprar de los consumidores y sus posibilidades de obtener apoyo financiero.

Los mercados de capital locales se están fortaleciendo para permitir a los productores aprovechar los mercados de capital internacionales. La privatización de empresas públicas, coinversiones y

exportadores crea clientes favorecidos para esta fuente de crédito relativamente poco costosa, relegando aún más a las pequeñas compañías que abastecen los mercados locales. Las empresas más pequeñas están definitivamente desfavorecidas en la medida en que se ven atrapadas por el círculo vicioso que les dificulta conseguir administradores innovadores, invertir en la modernización de su planta y equipo e incorporar nuevos avances tecnológicos.

La primacía de la inversión pública y la decreciente participación del gobierno en el ingreso nacional cambió la idea misma de gobierno en la vida nacional. El muy anunciado papel dirigente del gobierno para estimular la industrialización durante las etapas iniciales del desarrollo capitalista —como en México el de Nacional Financiera en los años cincuenta, por ejemplo—, se convirtió en freno del crecimiento en una época posterior en que dominaron el estancamiento tecnológico y la ineficiencia. Para sobreponerse a esta herencia, ahora el Estado promueve activamente la inversión privada en sectores cuyas prioridades están determinadas más por la manera en que cada país comercia en el mercado internacional que por las demandas de su gente. En Chile se está utilizando un gran fondo de ahorro nacional, reunido a través de un sistema pensionario de administración privada, para financiar industrias locales especializadas en la extracción de recursos naturales y procesamiento agrícola de exportación.

La política pública se está uniendo a esta reorganización. A pesar de su imagen de campeones del libre mercado, los políticos están afirmando el rectorado del gobierno en la economía. Están reduciendo el sector público vendiendo empresas y otorgando concesiones a grupos privados para que inviertan en áreas que antes pertenecían al dominio público; el sector público está estimulando el suministro privado de la infraestructura, incluyendo energía, transporte y comunicaciones, requerida para la expansión. También están modificando la panoplia de políticas económicas, facilitando la participación de capital extranjero en la economía, eliminando aranceles y otras barreras a la importación de bienes, como parte de su compromiso con la promoción de un mercado más libre y la integración económica, y simplificando las regulaciones nacionales de todo tipo. La juiciosa distribución del crédito y la negociación del proceso de desregulación incrementan la influencia del mercado mundial sobre la economía nacional: se expanden las exportaciones de recursos naturales, controladas cada vez más por compañías altamente capitalizadas, capaces de asegurar la mayor intensidad de explotación; las maquiladoras aprovechan el suministro aparentemente ilimitado de mano de obra barata; las empresas manufactureras se están mo-

dernizando para permitir la producción de bienes de consumo que puedan competir en el comercio internacional y en los mercados locales. Durante este proceso, los dirigentes mercantiles oligopólicos ganan control sobre los mercados nacionales de toda Latinoamérica.

La polarización de la vida nacional

La brecha entre ricos y pobres ha aumentado a medida que disminuyen los salarios reales y se concentra la posesión de propiedades. La clase trabajadora se ha visto profundamente afectada por el nuevo conjunto de políticas económicas que llevó a la apertura de las economías nacionales, la racionalización de los procesos productivos y el control centralizado del capital en las economías. Se están reduciendo los empleos tradicionales en la agricultura y la industria. La gente se ve obligada a alejarse de sus comunidades para encontrar nuevas formas de sobrevivir. Algunos analistas celebran la creatividad de la gente al forjar nuevas estrategias de supervivencia en la economía "informal": prefieren ignorar los considerables sacrificios que hacen las personas a la calidad de vida. A veces amenazan su misma existencia, pues deben trabajar varios turnos, soportar condiciones de trabajo peligrosas e incluso poner a trabajar a sus hijos pequeños.

La demanda de empleos está aumentando en las industrias de exportación, en las áreas de explotación y procesamiento de recursos naturales y en las operaciones de ensamblado para exportación. Sin embargo, se les dice a los trabajadores que para seguir siendo competitivos deben incrementar la productividad y aceptar salarios más bajos; en muchos casos los salarios disminuyen incluso a medida que el capital fluye caudalosamente hacia la región. El gran abastecimiento de trabajadores y la creciente integración de las economías nacionales al sistema global significa que los salarios están presionados desde abajo, no sólo por la llegada de trabajadores de otras regiones y sectores de la economía nacional, sino también por la amenaza de competencia de trabajadores más explotados de otras partes. Como resultado, las ganancias reales por el trabajo están a menudo estancadas o incluso disminuyendo, obligando a que cada vez más miembros de la familia trabajen, incluyendo un dramático aumento en las tasas de participación femenina en la fuerza de trabajo. Visto junto con otras tendencias en la vida nacional, encontramos proporciones cada vez mayores de gente que se amontona en asentamientos carentes de los servicios públicos más básicos de vivienda, agua potable, educación y servicios médicos.

Para muchos, sin embargo, simplemente no hay trabajo. La gente se ve obligada a sobrevivir en condiciones deteriorantes. A medida que las economías locales se integran a los mercados regionales e internacionales, las industrias y productores tradicionales pasan a ser víctimas de la competencia global. Las comunidades rurales fueron las primeras en padecer la falta de oportunidades locales que acompañaron al crecimiento industrial moderno; incluso cuando las personas no podían ser absorbidas de manera productiva o segura por los sectores modernos de la economía, eran arrancadas de sus medios tradicionales; eran transformadas en proletarios, perdiendo su capacidad de ser autosuficientes, aunque sin obtener ninguno de los derechos de la clase trabajadora, ni siquiera el de exigir empleo por medios legítimos. Al agudizarse, la crisis económica de los ochenta llegó al medio urbano, involucrando a sectores fundamentales de la población, que vivían acorralados en ambientes miserables (favelas, vecindades, villas miseria, etc.). El problema aumentó a medida que los gobiernos regionales y locales se hallaron sin los recursos financieros ni el apoyo político, y a menudo sin las habilidades necesarias para diseñar adecuadas soluciones técnicas para eliminar desechos sólidos o líquidos o establecer transporte y seguridad urbana. La tarea de rescatar las áreas urbanas de la degradación también los sobrepasa; rara es la ciudad que puede intentar un ejercicio eficaz para establecer una región capaz de prometer una mejor calidad de vida para las crecientes poblaciones.

Estas masas marginadas constituyen un problema político de dimensiones cambiantes en la heterogénea trama social latinoamericana. Dependiendo del país, se utilizan alternada o simultáneamente los programas antimiseria y los sistemas autoritarios para responder a la inquietud social que en ocasiones desencadena la oposición popular. Con presupuestos cada vez menores, los gobiernos centrales están delegando muchas responsabilidades a autoridades inferiores, cuyas inadecuadas bases fiscales y falta de personal capacitado hacen aún más improbable la aparición de soluciones equitativas.

De modo contrastante, los beneficiarios de la integración global —relativamente pocos en cada país— están gozando de una prosperidad sin precedentes. Para aquellos trabajadores capaces de conseguir empleos en los sectores modernos y transnacionalizados de sus economías, las recompensas son inmediatas. Sus verdaderos salarios van en aumento y son substancialmente superiores al promedio nacional. Las políticas laborales a menudo ofrecen a los trabajadores más calificados la oportunidad de recibir más entrenamiento y acceso privilegiado a vivienda y servicios

públicos a los cuales no puede aspirar la mayoría. Aunque los verdaderos ganadores son los exitosos empresarios que han utilizado su habilidad para volverse extraordinariamente ricos y poderosos. Esta gente está construyendo un mundo para sí misma, donde puedan disfrutar su riqueza, exhibir su privilegio y expandir su radio de influencia; la pregunta sigue siendo si la mayoría les permitirá este lujo.

La creciente influencia del mercado

Latinoamérica está participando más activamente en el mercado mundial. A medida que caen las barreras arancelarias y entra el capital de inversión, aumenta el volumen del comercio internacional. Experimentos subregionales de integración económica impulsaron a Estados Unidos a proponer un compromiso con una región de libre comercio a nivel hemisférico para principios del siglo entrante. Con estos cambios, las fuerzas del mercado están desempeñando papeles cada vez mayores en todos los aspectos de la vida, erosionando la influencia de las instituciones económicas y políticas que tradicionalmente protegían a las comunidades locales de las vicisitudes de los mercados económicos nacionales e internacionales.

La política pública está acelerando la privatización de la vida económica. Las empresas productivas creadas dentro del sector público o absorbidas por éste cuando sus anteriores administradores las dejaron en bancarota se están cerrando o transfiriendo a administraciones privadas; el poder económico o político y los privilegios personales son las palancas de acceso especial al proceso de apuesta que crea enormes oportunidades de enriquecimiento personal. Después de años de abandono, los proyectos de infraestructura necesaria para la integración se están confiando a consorcios privados, creando aún otro conjunto de oportunidades para que un pequeño círculo de productores se beneficie de décadas de penuria pública y deficiencia e incompetencia burocráticas. La prensa financiera está repleta de historias de los nuevos ricos que ostentan la riqueza adquirida por estas nuevas actividades, mientras otras fuentes lamentan la creciente brecha social que está dejando a la gran mayoría en el desagüe del progreso.

El progreso económico en cada país está limitado a unos pocos enclaves regionales. Los nuevos patrones de crecimiento están socavando la viabilidad de la pequeña y mediana empresa tradicionales, transformando los mercados y canalizando el capital hacia los grandes productores, controlados por las élites emer-

gentes. La agricultura campesina ha sido la víctima más notable en este proceso, golpeada por políticas que promueven las importaciones y nuevas tecnologías controvertidas e inadoptables por la clase baja, que además dañan el ambiente. Del mismo modo las organizaciones tradicionales industriales y de servicios están incapacitadas por la falta de apoyo oficial para la investigación en producción y mercadotecnia que facilitarían su supervivencia en el inclemente mundo de la competencia internacional. La cesión de estas empresas ampliamente diseminadas no sólo elimina empleos y diezma comunidades, sino que contribuye al crecimiento de los centros urbanos e industriales característicos de esta época.

El valor de la tierra en el tercer mundo está aumentando como consecuencia de estos cambios estructurales masivos. La escasez de oportunidades de inversión alternativas y la fragilidad de los mercados de capital locales, a menudo convierte la tierra en un elemento de inversión preferido. La acumulación desigual de riqueza lleva a un aumento especulativo en los precios del terreno y vuelve cada vez más difícil para la localidades responder a las necesidades de vivienda de las personas de bajos recursos. Para agravar el problema, los rápidos cambios en los mercados urbanos de tierras no ofrecen por lo general suspensión alguna de las crisis financieras frente a los gobiernos locales; incluso con las mejores máquinas administrativas, los sistemas fiscales no están diseñados para captar más que pequeñas proporciones de estas ganancias privadas, acrecentando aún más el golfo entre clases sociales de las áreas urbanas, a medida que la infraestructura se queda más atrás que la vivienda para los económicamente desfavorecidos.

Disminuciones competitivas en los salarios reales

Los primeros impulsos de crecimiento económico del siglo xx llevaron al desarrollo de industrias para abastecer a los mercados de bienes de consumo básicos. Las estrategias industrializadoras para sustituir las importaciones contribuyeron a un prolongado aunque disparado crecimiento en toda Latinoamérica. A medida que se incorporaban trabajadores a los sectores modernos y se formaba una clase media, se incrementaron los niveles de vida para fracciones importantes de la población en todo el territorio. Aunque muchos quedaban excluidos, sobre todo en países con grupos indígenas significativos y/o donde las élites autocráticas imponían sus voluntades férreas, había un optimismo generalizado de que la región se sobrepondría al yugo histórico del subdesarrollo.

Este patrón de desarrollo nacionalista contribuyó a un rápido incremento en los ingresos personales de obreros y campesinos, y junto con movimientos políticos radicales en muchos países, la región parecía retar la ascendencia global del capital. En los setenta comenzó una contraofensiva para restablecer la influencia del mercado internacional en Latinoamérica; dictaduras militares, elecciones arregladas y escuadrones de la muerte eran sólo algunos de los métodos empleados para limitar e incluso revertir las ganancias de la clase trabajadora. La proletarización separó a incontables millones de sus estructuras tradicionales de subsistencia, incorporándolos a la fuerza de trabajo subutilizada, y reduciendo brutalmente a la vez los niveles de vida de amplios sectores de la población que habían gozado mejorías en épocas anteriores.

El desarrollo tecnológico reforzó la tendencia a establecer estructuras productivas polarizadas. Los sectores dinámicos estaban produciendo bienes de consumo modernos para élites locales y mercados internacionales, empleando en industrias globalizadas hordas de trabajadores mal pagados; de modo similar, el personal profesional y técnico estaba siendo empleado en las organizaciones financieras, corporativas y burocráticas que llevaban a la región hacia los rebaños del mercado global. Sin embargo, para la mayoría de los latinoamericanos no estaba permitido participar de este festín: están condenados a sufrir la negativa gubernamental crear oportunidades, e incluso a permitirles reorganizar sus propias sociedades para recuperar alguna parte de la seguridad que antes proporcionaban las estructuras sociales y productivas tradicionales.

Rediseñando las relaciones económicas internacionales²

El comercio internacional y los patrones de inversión cambiaron con la integración de Latinoamérica a la economía internacional. Se estaba movilizandando un mayor volumen de comodidades y los inversionistas buscaban más activamente modos de utilizar los abundantes recursos naturales de la región. Pronto resultó obvio que la heredada organización geográfica de las funciones administrativas (políticas) y productivas necesitaba ser rediseñada para facilitar el flujo de bienes. Se requería nueva infraestructura

² Los cambios discutidos en esta sección están ampliamente documentados en una edición especial de la *Revista Interamericana de Planificación*, sobre los efectos territoriales de la integración global, editada por Carlos de Mattos y David Barkin (en prensa).

para satisfacer la necesidad de transporte más barato y además tendría que volverse más permisivo el cruce de las fronteras nacionales.

Floreció la cooperación internacional y se simplificaron los proyectos latentes de integración regional. A medida que procedían las negociaciones del GATT, proliferaban los arreglos regionales. Las compañías distribuidoras buscaron maneras de facilitar el transporte de bienes entre naciones y de armonizar los criterios de clasificación y evaluación.

El capital internacional está contribuyendo activamente a este proceso. A lo largo de la región las inversiones están rediseñando los modos de interactuar de las compañías: se está diseñando infraestructura para facilitar el flujo de los recursos hacia los sitios de producción y de bienes hacia el mercado. Frente a las significativas limitaciones impuestas por rutas interoceánicas inadecuadas, se están reviviendo antiguas propuestas y explorando nuevas alternativas; están emergiendo sistemas multimodales transcontinentales que volverán insignificantes las regulaciones nacionales. También dentro de las naciones los inversionistas están presionando para conseguir nuevas estructuras institucionales que les permitan construir y operar sistemas de transporte, dirigir instalaciones e incluso administrar burocracias gubernamentales para asegurar el traslado eficiente de bienes de un mercado a otro.

La amplia escala de los cambios propuestos queda bien ilustrada en la transformación de las rutas comerciales hemisféricas. Desde hace cierto tiempo el canal de Panamá ha mostrado ser obsoleto; la búsqueda de alternativas ha sido obstaculizada por las guerrillas locales y la ineptitud burocrática centroamericana. La ruta transistmica del sur de México para transportar buques de carga en tren languideció por indecisión política. Sin embargo, con la renovada influencia y apoyo del capital privado, se están llevando a cabo ambiciosos planes de revivir el proyecto mexicano y de transformar las relaciones políticas y económicas del cono sur, con una amplia serie de inversiones para facilitar el transporte de mercancías entre Europa y Asia, abriendo a la vez grandes áreas de la selva tropical del Amazonas a una explotación desmedida.

En el cono sur del continente se está diseñando una ruta comercial multimodal entre Europa y Asia. La mercancía fluirá hacia el sur desde un mejorado puerto en la bahía de Río de Janeiro, por São Paulo y hasta el Río de la Plata, por una moderna autopista que se conectará a un larguísimo puente (de 40 a 55 km) entre Uruguay y Argentina. La autopista continúa desde Buenos Aires hasta los Andes, en donde se conectará a un túnel que atravesará

la cordillera (28 a 35 km) y luego continuará a Santiago de Chile y hasta el puerto de Valparaíso, en donde los bienes se embarcarán hacia un puerto de altura en la isla de Pascua. Otras tres ciudades costeras quedarán conectadas a través de sistemas menores. En el sur de Perú y norte de Ecuador las conexiones terrestres abrirán rutas hacia el Atlántico a través de tributarios del Amazonas, que serán navegadas por cargueros rápidos, haciendo más baratos y accesibles los recursos del continente. Más al sur, un ferrocarril unirá un puerto argentino a la isla de Pascua, a través del sur de Chile. Los complejos sistemas férreos y limnológicos también vincularán a Bolivia, Uruguay y Paraguay a las rutas terrestres hacia las costas, creando inimaginables oportunidades de inversión para el capital internacional. Sin entrar en mayor detalle, este esbozo de los masivos cambios continentales planeados para Latinoamérica sugiere la manera en que los inversionistas internacionales acelerarán un proceso de integración al cual los gobiernos se han resistido durante décadas.

Dentro de cada país, e incluso a nivel local, están ocurriendo transformaciones similares. Durante los últimos diez años, la inversión privada ha construido más de 6 000 km de autopistas de cuota en México, por medio de complejos arreglos financieros y organizacionales. Junto con una serie de inversiones en infraestructura urbana y generosos incentivos fiscales, estas rutas están determinando la nueva distribución regional de la actividad económica y la riqueza personal; hay poca preocupación por las quejas de que el monto de las cuotas excluye a muchas personas del uso de las carreteras y de que el daño ambiental es bastante serio. En áreas metropolitanas mayores, como Santiago de Chile, São Paulo, Monterrey y la ciudad de México, la inversión privada en el desarrollo financiero, comercial y residencial, así como en los sistemas de transporte, está reestructurando el paisaje urbano y guiando el crecimiento futuro de los países donde se ubican. Los inversionistas individuales están siendo sistemáticamente colocados dentro de un patrón evolutivo de estructuras geográficas y productivas que los integrará a la compleja red de relaciones de la economía internacional.

Mundos felices

Estas profundas transformaciones prometen fabulosas oportunidades de inversión y altas tasas de crecimiento económico para los años venideros. Estos son los beneficios de la integración económica internacional. Se crearán empleos y regiones enteras se

transformarán en modernos centros industriales y de servicios de la economía global. Los grupos privados invertirán grandes sumas para dar nueva forma a la naturaleza y lucharán contra los intentos nacionales y locales de canalizar esta actividad en direcciones ambiental y socialmente menos destructivas; ni la presión internacional podrá proteger la mayoría de las áreas del ataque devastador de la descoordinada actividad de la inversión privada.

Sin embargo, salvo que haya significativos cambios dentro de las prioridades sociales y políticas, los procesos polarizadores del pasado se reproducirán a una escala aún mayor. Grandes grupos de personas están siendo arrancadas de sus comunidades y sistemas productivos tradicionales, sólo para hallarse sin alternativas viables. De modo similar, las regiones excluidas, aquéllas incapaces de atraer la inversión extranjera y cuyos sistemas productivos tradicionales son incapaces de volverse competitivos dentro del mercado global, se enfrentan a la perspectiva de una decadencia acumulativa.

Para estas regiones la única alternativa positiva es desarrollar nuevas formas de acción colectiva para mejorar sus economías locales. Salvo que se reinicie la producción para los mercados regionales, la globalización seguirá creando círculos viciosos de desempleo y empobrecimiento. Se deben fortalecer o reconstruir las industrias tradicionales, creando alianzas con los pequeños y medianos productores que han sido golpeados por el proceso de internacionalización. A menudo la autosuficiencia alimenticia es el primer paso más sencillo para reconstruir las economías locales, aunque el énfasis se debe poner en pasar de esta respuesta relativamente simple a una estructura más compleja de producción diversificada que sea congruente con la dote de recursos naturales y la prioridad de generar empleos sin perder de vista los principios de la sustentabilidad.

La protección y el fortalecimiento de las economías locales es un elemento importante en la promoción del crecimiento en aquellas áreas beneficiadas directamente por la globalización. Las presiones migrantes de la provincia abruman constantemente las actividades productivas y la infraestructura necesaria para crear los centros financieros y de servicios de una economía moderna. Sin un programa para apoyar el desarrollo local de manera independiente de los grandes esquemas metropolitanos de globalización, se acelerará el éxodo del campo e incluso de los centros urbanos secundarios y terciarios. De modo que un programa tal debe impulsarse no simplemente para el bienestar de los excluidos, sino para transformar las fuerzas constituyentes de la economía global en una fuerza constructiva del crecimiento económico.

La economía globalizante no puede traer prosperidad al tercer mundo inmediatamente. Sin estar cuidadosamente integrada al complejo vínculo institucional que establece al empleo, el bienestar humano y la sustentabilidad como prioridades principales, se convertirá en una destructiva fuerza de polarización y desintegración social. Establecer un nuevo programa de mayor participación local, para defender a las comunidades tradicionales y a sus organizaciones productivas, constituiría un paso constructivo para promover un desarrollo rural eficaz y defender la calidad de vida en los centros metropolitanos.

Traducido por Lucrecia Orensanz